

Ya del nombre se despide,
Pues si fue verde hasta ahora,
Ha de ser de aquí adelante
El Río del Agua Roja.

Emp. Ya solo, bárbaro, es tiempo
De que las cajas respondan. —
Toca al arma, y viva Francia!

Fier. Viva África! al arma toca.

Unos. [dentro] Viva África!

Otros. [dentro] Francia viva!
[Suben por la parte del Emperador, y pelean en la puente.]

Rold. Ya se escucha, que de esotra
Parte se da la batalla:
Acometamos ahora
Nosotros por este lado.

[Suben unos por una parte y otros por otra, dase la batalla muy reñida en lo alto, y éntranse todos por arriba.]

Flor. Retirémonos nosotras,
Pues basta que no ayudemos
Nuestra patria en tal discordia,
Sin ser también instrumento
De sus pérdidas.

Iren. Señora,
Muy bien lo puedes decir,
Pues ya ves las fuerzas rotas
De las huestes africanas,
Y el Frances la puente toma.

Arm. Y de la mas alta almena
Bárbaro un Turco se arroja,
Hasta llegar á tus pies.

Cae desde lo alto FIERABRAS, sin espada, y muy sangriento.

Fier. ¡O reniego de Mahoma!
¿Ahora hubo de faltarme
Con qué darme muerte? ahora?
Pero yo me mataré
Con mis manos y mi boca.

Flor. Mi hermano es.

Fier. ¿Quién está aquí?

Flor. Ay cielos! [Quiere huir.]

Fier. No, no te escondas;

Que quiero, ingrata, que veas,
Como con mi muerte logras
Ruinas de tu propia patria,
Muerte de tu sangre propia.
De los cielos blasfemaba,
Tirando con furia loca
Pedazos del corazon;
Pues fuiste mi cielo, toma. [Arrójala la sangre.]
Bebe de mi sangre, harta
Della la sed que te enoja.

Sale el EMPERADOR, los Caballeros y todos.

Emp. ¿Adónde está Fierabras?

Fier. Aquí está; que la victoria
Aun no es tuya, mientras vivo,
Pues sin tiempo te coronas.
Acábame de matar,
Y asegura tu persona,
Si no es que despues de muerto
Te da la muerte mi sombra.

Emp. Llévadle donde le curen
Como á mi persona propia;
Que diferencia ha de haber
De la prision rigurosa
De un Rey bárbaro á la mia. [Llévanle.]

Rold. Danos los brazos, que honran
Los nuestros.

Guid. Y yo merezca
Lugar entre tantas honras,
Siquiera por el padrino,
Que esta es Floripes mi esposa.

Emp. Despacio quiero ofrecerte
Á vuestro servicio; ahora
Dadme los brazos.

Flor. Yo soy
En ser tu esclava dichosa.

Emp. Pues cobré mis caballeros,
Asegurando la gloria,
Aquesa fábrica altiva,
Que el paso al África estorba,
En ceniza se resuelva,
Para que de todas formas
Hoy la Puente de Mantible
Tenga fin con tal victoria.

VII.

SABER DEL MAL Y DEL BIEN.

PERSONAS.

El Rey DON ALFONSO.
DON ALVARO DE VISEO.
El Conde DON PEDRO DE LARA.
ORDOÑO.

ÍNIGO.
FABIO, } criados.
LUCINDO, }
GARCÍA, criado de D. Alvaro.
JULIO, criado del Conde.

Doña HIPÓLITA DE LARA.
Doña LAURA DE QUIÑONES.
Doña JACINTA DE SILVA.
LICIA, criada de Doña Hipólita.

JORNADA I.

**Salen Doña HIPÓLITA, LAURA, y JACINTA
de caza, con galas y plumas.**

Laur. En tanto que el gran planeta
Con ardientes rayos dore
El mundo, hurtando su injuria
La oposicion de dos soles,
Puedes descansar en esta
Parte mas remota, donde
Tejidas nubes de hiedra
Rústicamente se oponen
Al sol, porque defendido
El sitio á las sinrazones
Del tiempo, el fuego lo dude,
Para que el fuego lo ignore.

Jac. Aquí puedes descansar
En tanto que los veloces
Caballos, envidia hermosa
De Flegon, Pirois y Etonte,
Pagan en coral y nieve,
Nieve, coral, fruta y flores.

Hip. Doña Jacinta de Silva,
Doña Laura de Quiñones,
Amigas mías, en quien
Igualmente amor dispone
Un alma y un albedrío,
Dando generoso y noble
Un corazon á tres pechos,
Y á un pecho tres corazones:
Aquí con vosotras quiero
Hoy divertir los rigores
De un amor, que engendra en mí
Varias imaginaciones.
El Rey Don Alfonso, hijo
De Doña Urraca, á quien pone,
Ó la envidia, ó la traicion
Injustamente en prisiones,
Porque dicen, que trataba
De entregar el reino al Conde
Don Pedro mi hermano; y esto
La tiene en aquesta torre,
Donde vivimos: en fin
El Rey Don Alfonso, jóven
Tan galan y tan brioso,
Que en Vénus, madre de amores,
Le dió Marte la fiereza,
Le dió la hermosura Adónis,

Á mis desdenes constante,
Solicita mis favores,
Siendo el Laurel de sus rayos,
La Clície de sus ardores,
Por cuya causa mil veces
Á caza viene á estos montes;
Y por esto, ó por temor,
Mi hermano levanta sobre
Los hombros de su privanza
Máquinas y presunciones.
Aconsejadme las dos
En tal caso, pues conocen
En la ocasion vuestros pechos
Donde está el peligro, y donde
El interes.

Jac. Si permites
El consejo á mis razones,
¿Qué muger no es ambiciosa?
¿Cuál no previene y dispone
Antes el mando, que el gusto?
Que el poder todo lo rompe.
Y si en la esfera del mundo
El Rey es sol de los hombres,
Y tú de tan gran planeta
La inteligencia y el móvil,
Ama al Rey.

Laur. Mal la aconsejas;
Pues si el Rey es sol, y en orbes
De zafir alumbra, ¿quién
No vive atento al desórden
De sus rayos? pues apenas
Una nube se le opone,
Cuando todos al instante
Su mancha y error conocen;
Lo que no sucede, cuando
Turba los aires veloces
Una nube; porque son
Mas notados los mayores.

Unos. [dentro] Muera! matadle!

DON ALVARO dentro.

Alv. Villanos,
¿Tántos para solo un hombre?
Válgame el cielo!

Baja despeñado DON ALVARO, herido, con la espada en una mano, y un pan en la otra, y viene á caer á los pies de las Damas.

Laur. ¿Qué es esto?
Jac. Precipitado del monte

Un hombre baja.
Laur. Y bañado
 En el rojo humor que corre
 De sus venas, ya parecen
 Lengua de sangre las flores.
Hip. Aunque el horror y el espanto
 Son de mis plantas prisiones,
 El ánimo generoso,
 La piedad altiva y noble
 Me llaman á socorrerle. —
 Hombre infelice, á quien pone [*á Alvaro.*]
 La fortuna en tal estado,
 Que en las entrañas de un roble
 Es tu sepulcro una peña,
 Y tu pirámide un monte,
 Si acaso te deja el alma
 Últimas inspiraciones,
 Para que hoy á tus sentidos
 Puedan penetrar mis voces,
 Oye lástimas y quejas
 De quien aun no te conoce,
 Y llora desdichas tuyas;
 Que puede ser, si las oyes,
 Que cobres nuevo valor,
 Que nuevo espíritu cobres;
 Que es vida de un desdichado
 Hallar quien sus penas llore.
Alv. Hermosísimas señoras,
 Cuya voz, cuyas acciones
 Ninfas os dicen del valle,
 Diosas os llaman del bosque,
 No ha sido el mayor agravio
 De mis pasados rigores
 Rendir la vida á la acción
 Del hado antes, que al golpe,
 Sino el haberla guardado
 De tan furiosos rigores,
 Para morir á esos pies,
 Donde mi sangre me estorbe
 El veros. Mas si en vosotras
 Para mi dicha dispone
 Piedad y hermosura el cielo,
 Muévaos el ver como corre
 De mi rostro á vuestras plantas,
 Siquiera porque fue noble,
 Copioso raudal de sangre
 De las heridas atroces,
 Sino tambien de los ojos,
 Pues tales son mis pasiones,
 Que no extrañaré de mí,
 Que sangre mis ojos lloren.

Salen el REY, el CONDE, IÑIGO y ORDOÑO.

Rey. Qué es esto?
Hip. Mejor lo diga
 Este asombro, que mis voces,
 Este espanto, que mis penas,
 Este horror, que mis razones.
Rey. Quién eres?
Alv. Quien á tus plantas
 Es bien que la vida cobre,
 Antes de hablar, y despues
 Te responda: señor, oye:
 Un pobre soy, que ahora huyendo
 En mi patria los rigores
 De la fortuna, (que tienen
 Fortuna tambien los pobres)
 Desesperado de hallar
 Piedad alguna en los hombres,
 Huyendo de los poblados,
 Me salgo al campo á dar voces,
 Por ver, si entre fieras hallo
 Tan rigurosos favores.

Y no fue en vano, pues tuve
 En desiertos horizontes
 El cristal de esos arroyos,
 Y la yerba de esos montes,
 Y no esta piedad divina
 En las humanas acciones
 De vuestra gente: pues hoy
 Viéndoos, señor, nuevo Adónis,
 Seguir las fieras, herir
 Las aves, medir el bosque,
 Procurando algun sustento,
 Llegué á vuestros cazadores,
 Que estaban dando á los canes
 El tosco manjar que comen.
 Envidioso de los brutos,
 Dije humilde: dad á un pobre
 Algun sustento. Mas ellos
 Soberbiamente responden,
 No tienen cosa que darne;
 Yo desesperado entonces,
 ¿Cómo, lo que dais á un perro,
 Se sabe negar á un hombre?
 Dije, y la necesidad,
 Que el mayor respeto rompe,
 Ni hay agravio á que se rinda,
 Ni hay peligro á que se postre,
 Me obligó á quitar á un perro
 Aqueste pan; y feroces
 Vuestros criados sacaron
 Las espadas; (qué rigores!)
 Saqué la mia, y rendido
 Mas á la hambre, que á los golpes
 De sus aceros, aunque
 Eran muchos, caí del monte,
 Donde, bañado en mi sangre,
 Te pido, que los perdone
 Mi muerte, pues fue piedad
 Darla con fieras acciones
 Á un hombre tan desdichado,
 Que la cara no conoce
 Del bien, porque siempre tuvo
 Agravios, penas, dolores,
 Llantos, miserias, y hoy muere
 Desdichado, humilde y pobre.

Rey. Señor?

Cond. Con cuidado

Rey. Haced curar ese hombre.
 Y vos sabed quien ha sido [*á Iñigo y Ordoño.*]
 Dueño de una acción tan torpe.

Cond. Venid, señor, en mis brazos, [*á Alvaro.*]
 Que mueven vuestras razones
 Á lástima; y cuando no
 Fuera del Rey este orden,
 Por mí lo hiciera.

Alv. Los cielos

Os paguen acción tan noble;
 Que esta es la primera dicha,
 Con que el cielo me socorre,
 Porque ha de ser la postrera.
 [*Llévante el Conde, Iñigo y Ordoño.*]

Laur. ¿Qué dignas son tus acciones
 De tu pecho!

Hip. Plegue al cielo,
 Invicto Alfonso, que logres
 Las esperanzas altivas,
 Coronando tus pendones
 El águila de dos cuellos,
 Á dos imperios conformes;
 Mas poco son dos imperios,
 Dueño te aclame del orbe
 La fama con letras de oro
 Sobre láminas de bronce.

Rey. La primera vez ha sido,

Hipólita, que he llegado,
 Á tanta nieve postrado,
 Á tanto fuego rendido,
 Y que piedades ha oido
 Mi rendimiento constante.
 Mucho tiene de diamante
 Tu desden y tu rigor,
 Pues que, sin sangre, el amor
 No fue á labrarte bastante.
 Pluguiera á Dios, fuera mia
 La que venció tu crueldad,
 Debíerale esa piedad
 Á tu rigor este día,
 Á mi pena tu alegría;
 Que en los extremos del hado
 No hay hombre tan desdichado,
 Que no tenga un envidioso,
 Ni hay hombre tan venturoso,
 Que no tenga un envidiado.
 Bien su condicion se advierte
 En mí, que estoy envidiando
 Á un misero, agonizando
 En los brazos de la muerte,
 Á un hombre, que desta suerte
 Piedad y lágrimas das,
 En cuyo efecto verás,
 Que no hay, de mudanza llenos,
 Bien, que no pueda ser menos,
 Mal, que no pueda ser mas.
Hip. Jesus, señor, Vuestra Alteza
 Viva, Fénix español,
 La edad lúcente del sol,
 Que en alta naturaleza,
 Una acaba, y otra empieza,
 Sin temer mudanza alguna
 De la imagen de la luna,
 Ni el olvido se le atreva,
 Porque sus aplausos deba
 Al tiempo y á la fortuna.
 Que yo no soy tan cruel,
 Como os habré parecido;
 Pues ningun rayo ha ofendido
 La magestad del laurel:
 Reservadas viven del
 Las hojas, que mauselo
 Son de la Ninfa de Apolo;
 Y así estais de mi rigor
 Libre vos solo, señor,
 Porque sois mi laurel solo.
Rey. Luego ya con sus favores
 Podrá coronarme el sol,
 Siendo el laurel español
 Rey de las plantas y flores.
Hip. Bastará que sus rigores
 Resista privilegiado.
Rey. Nunca estuvo en peor estado
 Mi pensamiento amoroso,
 Pues ni el bien me hace dichoso,
 Ni la pena desdichado.
Hip. ¿Luego Vuestra Magestad
 Mas estimara un rigor
 Cierto, que un dudoso amor?
Rey. Sí; porque la voluntad
 Adora allí la crueldad,
 Que vida y muerte le daba.
 Un hombre, que se criaba
 Con veneno, adolecia
 De un grave dolor el día
 Que el veneno le faltaba.
 Yo así, que siempre adoré
 Rigores tuyos, yo así,
 Que tus desprecios sentí,
 Y tus desdenes amé,
 Con veneno me crié,

Y estoy de gloria tan lleno,
 Cuando siento, lloro y peno
 Tu desden y tu rigor,
 Que adoleciera mi amor,
 Á faltarle este veneno.
 Aborreceme, y verás,
 Que habrá mas bien que me ofrezcas;
 Pues cuanto mas me aborrezcas,
 Tengo de quererte mas.
 Los rigores, que me das,
 Amor en el alma escribe,
 Y por glorias los recibe.

[*Quiere irse Hipólita.*]

¿Así ausentas tu belleza?
Hip. Esto es dar á Vuestra Alteza
 El veneno con que vive. [*Vanse las Damas.*]

Salen IÑIGO y ORDOÑO, que traen preso á GARCÍA, lacayo de Don Alvaro.

Iñig. Todo el monte he discurrido,
 Y solo este hombre he encontrado,
 Que haya en su temor mostrado
 La gran culpa que ha tenido
 En este caso; porque
 Entre dos penas le ví
 Escondido, y cuando así
 Hallarle pude, tal fue
 La turbacion, que callando
 Ni se absuelve, ni disculpa,
 Con que confiesa su culpa.

Rey. Quién eres?

Garc. Estoy temblando! [*aparte.*]

Si al Rey le digo, que soy
 Un criado del que allí
 Riñó con su gente, aquí
 Vengará su enojo hoy.
 Pues disimular pretendo,
 Y decirle, que yo he sido
 Quien su gente ha defendido,
 Porque así librame entiendo. —
 No es bien que yo, por callar,
 Pierda la vida, que espantos
 En la corte ha dado á cuantos
 La han perdido por hablar;
 Y así disculparme quiero,
 Diciendo como, ó por qué
 Me escondí. La causa fue,
 Para limpiar este acero,
 Que estaba en sangre bañado;
 Pues llegando á tiempo yo,
 Que vuestra gente sacó
 Las espadas, á su lado
 Cerré luego con aquel,
 Que era él de la ardiente espada,
 Y tiré una cuchillada
 Tan soberbia, y tan cruel,
 Que si, como dió en el suelo,
 En la cabeza le diera,
 Hacerle algun mal pudiera.
 Al fin, por piedad del cielo,
 No le alcancé. ¿Mas no vió
 Tu Magestad este día
 Una herida que traia?

Rey. Sí.

Garc. Pues no se la dí yo;
 Pero tanto le apreté,
 Que, haciéndole retirar,
 Hasta aquí le hice rodar.
 Aquesta la causa fue
 De hallarme escondido allí
 Descansando.

Rey. ¿En fin tú fuiste
 El que las heridas diste
 Á este hombre?

Garc. Señor sí.
Rey. Pues denle.....
Garc. Dichoso he sido, [aparte.]
 Lindamente he negociado.
Rey. Garrote, á un árbol atado,
 Y porque necio, atrevido,
 Siquiera no se disculpa
 Delante de mí, y porque
 Confiesa el mismo, que fue
 El agresor desta culpa.
Garc. Suspende la rigurosa
 Sentencia, señor, que has dado
 Á un hombre tan desdichado,
 Que en su vida acertó en cosa;
 Pues, por librarse, fingió
 Lo que ahora le acrimina;
 Porque no hay mayor gallina
 En todo el mundo, que yo.
 ¿Yo, señor, haber reñido?
 ¿Yo haber sacado la espada?
 ¿Yo haber dado cuchillada?
 La mayor mentira ha sido,
 Que he dicho en toda mi vida,
 Aunque las he dicho buenas;
 Porque soy hombre, que apenas
 Fui ni aun mental homicida.
 Criado soy del que aquí
 Con vuestra gente riño;
 Y pensando ahora yo
 Escaparme, esto fingí,
 Porque mi suerte se note.
 Y pues digo la verdad,
 Mande Vuestra Magestad
 Suspende este garrote:
 Que aunque á la desdicha mia
 Este falte, sobrarán
 Garrotes, que hartos nos dan
 Los fulleros cada día:
 Y no será bien, que aquí
 Pregone, perdiendo yo,
 Que un Rey fullero me dió
 Muerte de garrote á mí.
Rey. Si este es loco?
Íñig. No lo dudo.
Garc. Si es que conmigo los pones,
 Dos Sénecas, dos Platones
 Son Vinorrio y Pollocrudo.
 Manda, que me dejen ir
 Libre deste fiero ultraje;
 Que yo hago pleito homenaje,
 Gran señor, de no servir
 Á hombre, que saque jamas
 La espada con los señores
 Monteros y cazadores
 De sus Reyes.
Rey. Libre estás.— [Vase Garcia.]
 Y tú, Íñigo, haz poner
 La carroza. — [aparte.] Antes que el sol
 Entre en el mar español,
 Pienso á este sitio volver.
 Sale el CONDE.
Cond. Ya le han curado, y no ha sido
 De peligro, ni cuidado
 Su mal; porque desmayado
 Á la sangre que ha perdido,
 Ó al golpe de la caída,
 Flaqueza alguna mostró;
 Pero luego que cobró
 Con tus favores la vida,
 Pudo ya sentirse bueno.
 Lo que te aseguro aquí,
 Es, que hombre en mi vida ví
 De mas perfecciones lleno.

Si es valiente, ya le viste,
 Cuando en alto levantada,
 Rayo de acero, su espada
 La admiraste y la creiste.
 Es muy bien hecho y brioso;
 Porque habiéndole mandado
 Dar un vestido, ha quedado
 Muy galan y muy airoso.
 Es discreto, al parecer,
 Aunque por tal no le aprecio;
 Que es, cuanto fácil un necio,
 Difícil de conocer
 Un discreto; pero en calma
 La voz, la lengua en prisiones,
 Agradece con acciones,
 Que son afectos del alma.
Rey. De manera le has pintado,
 Que si un hombre igual hubiera,
 Dignamente mereciera
 Ser de todo el mundo amado:
 Y cuando no fuera asi,
 Saber, que á tí te agradó,
 Bastaba, para que yo
 Le estimase; y pues aquí
 Con suerte tan importuna,
 Despues de prodigios tales,
 Á tus piadosos umbrales
 Le ha arrojado la fortuna,
 Hazle algun favor; y advierte,
 Que quiero, Conde, que sea
 Tan grande, que en él se vea
 Lo que te estimo: de suerte,
 Que hoy he de ver si has llegado
 Á lugar tan poderoso,
 Que puedes hacer dichoso
 Á un hombre tan desdichado.
 [Vase el Rey, y el Conde le acompaña.]
Íñig. ¿Á qué mas ha de llegar
 Su amistad y su privanza?
 Ya no tiene la esperanza
 Mas término á que aspirar.
Ord. Dignamente ha merecido
 El lugar que el Rey le ofrece.
Íñig. ¿Pues cómo, si le merece,
 Le tiene? ¿en qué le ha servido,
 Para pasar esto aquí?
 ¿Don Pedro en qué mereció
 Su gracia? ¿en qué pretendió
 Ser Rey de Castilla? di!
 Bueno es, que altivo y cruel
 Tenga presa á Urraca bella,
 Y lo que es castigo en ella,
 Hacerlo favor en él.
Ord. De esa manera asegura
 El reino, que no pudiera
 Sin él hoy.
 Sale el CONDE.
Cond. ¿Envidia fiera, [aparte.]
 Tu veneno qué procura? —
 ¿Qué se trata, caballeros?
Íñig. En decir con la razon,
 Que os quiere el Rey.
Cond. Estos son, [aparte.]
 Palacio, tus lisonjeras.
Íñig. Y pocos favores hace
 Á un hombre, que su cuchilla
 Pudo hacer Rey en Castilla.
Cond. Íñigo, Íñigo, si nace
 De ignorancia, ó de malicia,
 La ignorancia despertad,
 Ó la malicia templad,
 Que es soberana justicia
 El Rey; y aunque yerre, vos

No lo habeis de remediar;
 Porque nadie ha de juzgar
 Á los Reyes, sino Dios. [Vase.]
 Salen LAURA y HIPÓLITA.
Hip. Dime, ¿qué evidencia tal
 Imaginacion te ofrece?
Laur. No mas de que me parece,
 Que este es hombre principal.
Hip. En qué lo ves?
Laur. Lo primero,
 En verle tan desdichado;
 Pues ya parece que el hado
 Niega, cruel y severo,
 La ventura á la nobleza,
 Porque efectos no se ven,
 Adonde opuestas no esten
 Fortuna y naturaleza.
 De donde tan recibido
 Este argumento ha quedado,
 Que vale: este es desgraciado?
 Sí: luego es bien nacido.
Hip. La mayor dicha del suelo
 En tener nobleza está;
 Que si las riquezas da
 La fortuna varia, el cielo
 La sangre. Y no hay duda alguna,
 Que esta es la dicha mayor,
 Cuanto es mas noble y mejor
 El cielo, que la fortuna:
 Luego si el bien mas dichoso
 En la sangre ha consistido,
 Vale: aqueste es bien nacido?
 Sí: luego este es venturoso.
Laur. Sin nobleza, no pudiera
 Ser de ánimo tan valiente,
 Que solo él á tanta gente
 Las espaldas no volviera.
Hip. Estas acciones no son
 Hijas de la bizarría;
 El morir no es valentía,
 Sino desesperacion.
 El hombre mas alentado
 Es un hombre finalmente,
 Y el que á su riesgo es valiente,
 Llámale desesperado.
Laur. Y tan cuerdas las razones,
 Las palabras tan limadas,
 Las penas tan declaradas,
 Tan medidas las acciones,
 Quejarse de la fortuna
 Ningun hombre humilde sabe;
 Porque en su pecho no cabe,
 Sino una queja importuna,
 Llorada rústicamente.
Hip. Con el viento el mar se altera,
 Con zelos brama una fiera,
 Y un monte con causa siente:
 Luego lágrimas y acciones
 En los hombres han de hallarse,
 Que para saber quejarse
 Á nadie faltan razones.
Laur. ¿Y el verle ahora tan galan
 Con un vestido prestado,
 Con aseo, y sin cuidado,
 No le acredita?
Hip. Ahí estan
 Tus engaños, y he sentido,
 Que eso te parezca bien;
 ¿Qué puede ser hombre, á quien
 Viene cualquiera vestido?
Laur. ¿Qué rigurosa y cruel

Solo en deslucirle das!
Hip. ¿Qué temeraria que estás
 En volver tanto por él!
Laur. Siento, Hipólita, ver, cuanto
 Culpas su merecimiento.
Hip. Y yo tambien, Laura, siento
 Ver, que tú le alabes tanto.
 Sale GARCÍA.
Garc. Aquí me trae mi deseo, [aparte.]
 Buscando..... Válgame Dios!
 Ó son dos damas, ó dos
 Arcángelos con manteos.
Hip. ¿Qué es lo que buskais?
Garc. Señora,
 Aquí.....
Laur. Decid.
Garc. Busco yo
 Un amo, que Dios me dió,
 Que es aquel á quien ahora
 Dieron no sé que disgusto,
 Sin Dios, sin razon, ni ley,
 Los montereros del Rey;
 Y yo tuviera por justo,
 Que tras los enojos fieros,
 Si las dos mas lisonjeras
 Sois las señoras monteras,
 Muger de los monteros,
 Me dejéis entrar á verle.
Hip. ¿No hubiera sido mejor
 En la ocasion con valor
 Ayudarle y defenderle,
 Que venirle á ver ahora?
Garc. Pues si yo estuviera allí.....
Laur. Qué?
Garc. ¿No me dieran á mí
 Tambien? Es cierto, señora.
Hip. ¿Cómo á tan pobre señor
 Servis?
Garc. Porque yo soy tal,
 Que, aunque él me paga muy mal,
 Le sirvo mucho peor.
 Y así de aquesta manera
 Los dos podemos vivir,
 Pues no hallara, si me fuera,
 Ni yo otro á quien servir,
 Ni él otro que le sirviera.
Laur. ¿Y quién es él en efeto?
Garc. ¿Qué terrible tentacion!
 Con demonios San Anton
 Nunca se halló en tal aprieto,
 Como con ángeles yo.
 Pero con decir concluyo,
 Que soy criado; mas cuyo,
 Eso no lo diré yo.
Hip. Esperad de mí favores.
Laur. Si este desengaño toco,
 Rico te haré.
Garc. Poco á poco,
 Mis ángeles tentadores.
Hip. Deseamos saber quien es.
Garc. Y yo deciros deseo,
 Que es Don Alvaro Viseo,
 Un gallardo Portugues;
 Pero callarlo he jurado,.....
Laur. ¿Hágante los cielos bien! [aparte.]
Hip. ¿Maldigate Dios, amen, [aparte.]
 Qué gran disgusto me has dado!
Garc. Y no lo puedo decir.
Laur. ¿Ves, Hipólita, si yo
 Digo bien?
Hip. ¿Y quién fió,
 Que este no pueda mentir?
Garc. Mas él mismo viene allí, [aparte.]

Y no quiero que me vea
Con las dos, porque no crea
Esta liviandad de mí;
Porque solo este secreto,
Después que soy su criado,
De cuantos supe, he contado;
Mas soy criado en efeto.

[Vase.]

Sale DON ALVARO.

Alv. Dime, ¿hasta cuándo, fortuna, [aparte.
Objeto tuyo he de ser?

Laur. ¿O cuándo tengo de ver
En tu faz piedad alguna?

Laur. Hablarle, Hipólita, quiero, [aparte las dos.
Y hacerle, pues su valor

Conozco, un cortes favor;
Que solo este amor espero
Lograr; pues si su presencia
Tanto te desagradó,
Podré aventurarme yo
Segura en la competencia.

Hip. ¿Pues puedo, Laura, (ay de mí!)
Competir contigo yo?

Laur. Llámale tú, porque no
Me declare tanto aquí;
Que al favor que le he de dar,
Presuma, que mi afición
Busca también ocasión.

Hip. ¿Yo también le he de llamar?

Laur. Oficio es entre las dos
De amiga discreta.

Hip. De zelos. — Ha caballero! [aparte.
Muero

Alv. Á mí me llamais?

Hip. Á vos.

Alv. Al nombre no respondí,
Porque un hombre, que ha llegado
Tan pobre y tan desdichado,
No puede entender por sí
Título, que á serlo llega
De quien por sí lo adquirió.

Hip. ¿Ves si el criado mintió, [aparte las dos.
Pues ser caballero niega?

Laur. Mas con negarlo declara
Serlo; pues si humilde fuera,
Antes se desvaneciera
Con el bien, que se humillara.

Alv. Si enojos, señora, son,
Que mi atrevimiento espera,
Porque con alas de cera
He tocado la región
Del fuego, donde abrasadas
Las hojas, que el aire mueve,
Son mariposas de nieve,
Con visos iluminadas:
Castigue tanto esplendor
Mi inadvertencia en los ojos,
Flechando penas y enojos
Rayo á rayo, y flor á flor.

Laur. Mas piedades, que castigo,
Aqueste cuidado dice:
Cómo os sentis?

Alv. Tan felice,
Que á mí me pregunto y digo:
Quién soy? y desvanecido
Le respondo á mi cuidado:
Quien hoy fuera desdichado,
Si dichoso hubiera sido;
Pues todo el pasado mal
No iguala al presente bien,
Como ahora mis ojos ven.

Laur. Yo os ví á mis plantas mortal.

Alv. Es la vida un girasol,
Que tiene hermosa incierta;

¿Pues quién no vive y despierta
Á los alientos del sol?
Muerto llegué á vuestras plantas,
Flor marchita entonces fui,
Á vuestros rayos viví.

Laur. ¿Y cómo de penas tantas
Estais?

Alv. Solo en este brazo
Un golpe tengo cruel.

Laur. Poned esta banda en él. [Dale una banda.

Alv. Será de mi cuello lazo,
Será.....

Laur. ¿Qué ha de ser? Callad;

Porque aqueste no es favor
Ocasinado de amor,
Sino de necesidad.

[Vase.]

Hip. Alma, ¿qué es esto que ves? [aparte.

Alv. Perdonad á un atrevido,
Que, por ser agradecido,
Bien puede ser descortes.

En fe de lo cual, me atrevo
Á saber, como se llama
Esta bellissima dama,

Á quien tanta piedad debo.

Hip. ¿Otro lance, amor, me pones [aparte.
Pues aunque quieras perderme,

Vencerte sabré, y vencerme. —
Doña Laura de Quiñones.

[Vase.]

Sale el CONDE y JULIO su criado.

Cond. Vuélvete, Julio, que allí
Está el galan forastero,
Y á solas hablarle quiero,
Por saber quien es, aquí.

[Vase Julio.]

Alv. Pobre y miserable un día
Llegó á los pies de Alejandro
El doctísimo Tebandro,
Celebrado en la poesía:
Y queriendo con alguna
Merced el César ufano
Hacer paces (aunque en vano)
Entre el ingenio y fortuna,
Le dió tan preciosos dones,
Que desvanecer pudieran
Á la ambición, cuando fueran
Los átomos ambiciones.
Suspense el sabio quedó,
Sin responder, temeroso
Á la merced, y dudoso
Alejandro preguntó:
¿Cómo el bien das al olvido,
Y á la memoria el agravio?
¿Tú, cómo puedes ser sabio,
Siendo desagradecido?
Á quien Tebandro miró,
Diciendo: si el gusto está
En la mano del que da,
Y del que recibe no,
Yo no debo agradecerle
El bien que me haces aquí;
Tú has de agradecerme á mí
El darte yo desta suerte
Ocasión, en que mostré
Tu pecho grandeza tal,
Pues no fueras liberal,
Si no fuera pobre yo. —
Fácil es la aplicación,
Ilustre Don Pedro, á quien
Debo la vida y el bien;
Pues si en aquesta ocasión
Favor mi desdicha alcanza,
Tú la fama esclarecida;
Y si tú me das la vida,
Yo te he dado la alabanza;

Y así soy mas liberal,
Pues tú una vida me has dado,
Que en efecto es bien prestado,
Y yo una fama inmortal

Cond. Confieso, que agradecido
Debo ser, y que he quedado
En la ocasión obligado,
Y en el término excedido;
Y así, porque empiece yo
Á pagáros lo que os debo,
Si está el bien en dar, me atrevo
Á pedirós.....

Alv. Eso no;
Porque si os ha de costar
La vergüenza del pedir
Lo que habeis de recibir,
Poco tengo yo que dar:
Y tan poco, que he pensado
Daros en esta ocasión
Escarmientos, que en fin son
Dádivas de un desdichado.
Pero si dijo un discreto:
Aunque amigo pobre fui,
Mas que oro y plata te dí,
Pues que te dí mi secreto:
Estimad el don en mucho,
Que del pecho no saliera,
Si para el vuestro no fuera,
Y escuchadme.

Cond. Ya os escucho.

Alv. Yo soy, ilustre Don Pedro
De Lara, español Atlante,
En cuyos hombros se asienta
La quinta esfera de Marte,
Yo soy (el aliento aquí
Turbado, la voz cobarde,
Torpe la lengua, y helado
El pecho, quieren que falte
Valor para pronunciar
Mi nombre, y mis ojos hacen
Con lágrimas y suspiros
Competencia al mar y al aire)
Don Alvaro de Viseo.
Ya lo dije; no os espante,
Sabiendo quien soy, el verme
Tan pobre, y tan miserable;
Que representar tragedias
Así la fortuna sabe,
Y en el teatro del mundo
Todos son representantes.
Cual hace un Rey soberano,
Cual un Príncipe, ó un Grande,
Á quien obedecen todos;
Y aquel punto, aquel instante
Que dura el papel, es dueño
De todas las voluntades.
Acabóse la comedia,
Y como el papel se acabe,
La muerte en el vestuario
Á todos los deja iguales.
Dígame el mundo, pues tiene
Tantos ejemplos delante:
Dígame la fama, pues
No hay muerte en que no se halle:
Dígame quien ayer era
Hermano de un Condestable,
De un Conde de Guimarans
Cuñado, y deudo por sangre
De otros muchos caballeros,
Todos nobles y leales,
Y muertos á manos todos
De la envidia, monstruo infame,
Disimulado en lisonjas,
Como entre flores el áspid,

En un público teatro.
¡Mas ay memorias, dejadme!
¡No me atormentéis, rezelos!
Pues todos no sois bastantes
Para quitarme la vida:
Pero repetidme, dadme
Con mi desdicha en los ojos,
Porque, ya que no me maten,
Puedan dejarme, á lo menos,
Con dolor tantos pesares.
Á Don Pedro de Coimbra
Vé agonizando en su sangre:
¡Ha, plegue á Dios, no la oiga,
Cuando inocente le clame!
Y al Condestable (ay de mí!)
En palacio (duro trance!)
Fuerte error! triste desdicha!
Espectáculo admirable!)
Muerto á las manos de un Rey,
Y á aquel, que poder tan grande
Tuvo, le vi reducido
Á siete pies de un cadáver.
Yo viendo que en el castigo
Todos fuéramos iguales,
Habiéndolo sido todos
En ser vasallos leales,
(Que esta era la culpa mía;
Pues ruego á Dios, que él me falte,
Y arrojadas de sus manos
Culebras de fuego bajen,
Que los cielos se me cierren,
Se me enfurezcan los aires,
Se me abra en bocas la tierra,
Se me retiren los mares,
Y á mí, enemigo de todos,
Rabiando me despedacen
El corazón, y á bocados
Se coma, y beba mi sangre,
Si en el enojo del Rey
Tuve en algún tiempo parte,
Ni sé por qué nos castiga
Con escándalos tan grandes)
Yo viendo pues tan cercana
Mi desdicha, por librarme,
No de la muerte, pues fuera
Lisonjeramente amable,
Sino de tan vil indicio,
Y por esperar que saque
La verdad su luz, rompiendo
Estas nubes, que deshacen
Tanto esplendor, como el sol
En tornasoles cambiantes,
Que en tumba de mármol muere,
Y en cuna de flores nace,
Á Castilla vine, donde
Estoy tan pobre, que á nadie
Oso mirar, porque entiendo,
Que todos mis penas saben,
Sino solamente á vos,
Á quien descubro mis males,
Á quien mis desdichas digo,
Cuento mis adversidades,
Por daros, ya que no puedo
Satisfacciones bastantes
Á tanto honor, desengaños
De la fortuna inconstante;
Porque esta diosa.....

Cond. Detente,

Espera, aguarda, no acabes
Tan peligroso discurso,
No prosigas, no me mates;
Porque afligido no sé
Lo que siento al escucharte,
Que el corazón por los ojos